

Populismo imposible y violencia: el caso colombiano*

Daniel Pécaut

No se puede afirmar que la historia política colombiana haya sido pródiga en fenómenos populistas, aunque los componentes populistas no han estado ausentes de la vida política corriente. Únicamente en dos ocasiones se han producido fenómenos populistas de amplitud nacional. En primer lugar, con la inmensa ola de movilización suscitada por Jorge Eliécer Gaitán entre los años 1945-1948 y, luego, con el impulso de la Anapo (Alianza Nacional Popular), organización creada por el General Rojas Pinilla para combatir el sistema del Frente Nacional, instaurado en 1958. Las diferencias son notables entre estos dos fenómenos, pero tienen en común que no alcanzaron una autonomía total en relación con los partidos tradicionales, su corta duración y que se dieron acompañados y seguidos por fenómenos de violencia política. El neopopulismo, que se ha manifestado de manera reciente en diversos países latinoamericanos, tampoco ha logrado afirmarse mejor hasta ahora.

En Colombia se dan muchos de los factores a los que se imputa a menudo el avance de populismos o neopopulismos. La desigualdad en la repartición de ingresos es una de las más notorias en Latinoamérica; la propiedad agraria aún está concentrada y ha sustentado el poder político de las élites tradicionales; la relación entre la

* Traducción Cristina Gavira R. Programa de Traducción, Escuela de Idiomas, Universidad de Antioquia. Traducción de las notas a pie de página María Luisa Jaramillo.

ciudad y el campo se ha visto alterada por los desplazamientos internos en el transcurso de una generación; el escepticismo en relación con la “clase política” es patente desde hace décadas y se manifiesta, entre otras cosas, en una tasa de abstención electoral alta y crónica y las instituciones frecuentemente dan la imagen de estar paralizadas.

Se debe suponer entonces que, a lo largo de este siglo, otros factores van en sentido contrario. Estos son los que queremos describir en las páginas siguientes. El más importante de ellos es, con seguridad, la división de la sociedad colombiana en dos subculturas políticas, liberal y conservadora; ésto contribuye a que la unidad nacional siga siendo precaria, a que esta unidad en un pueblo unificado sea problemática y a que el proyecto de cambiar la sociedad desde arriba, desde el Estado, esté condenado al fracaso. Conviene señalar que si bien Colombia ha tenido pocos movimientos populistas, de la misma manera ha tenido pocos regímenes autoritarios.

Igualmente nos preguntaremos sobre las relaciones entre la existencia de obstáculos al populismo y el surgimiento de coyunturas de violencia. Evocaremos en una parte introductoria los factores históricos que pudieron contribuir más tarde al bloqueo de las movilizaciones populistas. Analizaremos luego los dos principales avatares del populismo, el gaitanismo y el rojas-pinillismo, y la evolución hacia la violencia en ambos casos. Terminaremos mostrando que el nacimiento del voto de opinión no implica la aparición de un neopopulismo.

1. Tres obstáculos al populismo: la fragmentación social, la división partidista y la gestión privatizada de la economía

Al referirnos a los factores que dificultaron los fenómenos populistas, no queremos volver a una visión determinista. Los factores que miraremos son, de hecho, de tres tipos. Los primeros nos remiten a las estructuras de poder y de dominación, constituidas a largo plazo. Si bien éstos obstaculizan el surgimiento de movilizaciones populistas unificadas, tampoco las impiden radicalmente. Los otros dos factores no tienen nada de “estructurales”: unos están asociados a las formas que ha revestido la modernización política y social en los años treinta; los otros están ligados al imaginario que se ha construido a partir de diversas experiencias de violencia. Tanto o más que los factores “objetivos”, cuentan las representaciones de lo político que quitan todo significado a la idea de un pueblo unificado.

1.1 Características como la fragmentación del territorio, la multiplicidad de los polos urbanos, el mantenimiento de innumerables zonas sustraídas al control del Estado dan lugar a que las prácticas políticas colombianas se construyan más sobre

las bases de las transacciones y de los conflictos entre poderes de diversos niveles que por referencia a la simbología de la unidad nacional. El retraso con el que la economía colombiana, singularmente inactiva en el siglo XIX, llega a articularse con la economía mundial contribuyó a mantener esta debilidad del referente nacional. Si la economía del café comienza a desarrollarse desde 1880, sólo hacia 1920 le permitió al país soñar verdaderamente con un acceso al mundo moderno. Pero el cultivo del café, ligado al impulso de la colonización antioqueña y a la formación de una clase importante de medianos y pequeños propietarios, contribuyó sobre todo a garantizar la consolidación de las redes de poder rural en detrimento de la acción del Estado central. Las características de la política del siglo XIX, en la que el municipio, o como mucho la región, conforman el horizonte real para una gran parte de la población, apenas se ven afectadas por esta transformación económica.

La debilidad de la simbología nacional depende aún más de otra circunstancia: la confrontación implantada desde mediados del siglo XIX entre conservadores y liberales, gobierna la vida política de Colombia. Esta confrontación nunca respondió a diferencias de intereses socioeconómicos precisos¹, sino a una visión diferente del papel de la Iglesia en la creación de un orden social. Las innumerables guerras civiles que sacudieron al país a lo largo del siglo XIX y aún a principios del siglo XX con “la guerra de los mil días”², contribuyeron a engendrar una geografía partidista, pasajeramente aleatoria al inicio, inmutable después. Los dos partidos se transformaron en verdaderas subculturas, transmitidas de generación en generación en el seno de las familias y de las localidades. Este arraigo de las tradiciones partidistas es tan profundo que se mantuvo hasta mucho después de 1930, de hecho, hasta una fecha muy reciente. La mayor parte de los municipios nunca cambió de mayoría, y se observa incluso que muchos se han vuelto más homogéneos entre 1930 y 1980³. En cuanto al fraccionamiento del marco de la vida política, contribuye a alimentar la desconfianza hacia un Estado central que, desprovisto de autoridad propia, es a menudo percibido como una amenaza para los poderes locales.

1 Sobre el origen de los dos partidos, Cf. J. Jaramillo Uribe. *Ensayos sobre la historia social colombiana*. Bogotá, Universidad Nacional, 1968.

2 De 1899 a 1902 esta guerra dejó 100.000 víctimas (muertas en los combates o víctimas de epidemias), arruinó muchas regiones, favoreció la pérdida de Panamá. Este último acontecimiento hubiera podido conllevar un fuerte resentimiento contra Estados Unidos, sin embargo sólo dio lugar a protestas nacionalistas esporádicas.

3 Basta con observar que entre 1958 y 1972, de 973 municipios 882 conservaron el mismo “color” de partido y 306 municipios votaban siempre en más del 80% por el mismo partido. Cf. P. Pinzón de Lewin. *Pueblos, regiones y partidos*. Bogotá, CEREC, 1989.

Se comprende pues que la simbología nacional sólo haya tenido una consistencia limitada. Lo que cuenta son las dos afiliaciones partidistas. Por lo demás, ningún mito fundador está disponible para sostener un imaginario unitario. Los eventos de la Independencia se descifrarán desde la visión de la oposición partidista, siendo Bolívar reivindicado por los conservadores y Santander por los liberales. No existe más mito fundador que el de una violencia presente desde siempre y que se actualiza a cada instante a través de las guerras civiles, pero también de las elecciones, que no se perciben como derivación de un principio de legitimidad, sino como la manifestación de una simple relación de fuerzas.

Además, ambos partidos reproducen en sí mismos la fragmentación territorial. Cada uno de ellos no es más que la constelación de clientelas o de redes de dominación local dotadas de una fuerte autonomía⁴. En estas condiciones, la idea misma de ciudadanía política sólo tiene un contenido vago: es sustituida por los sometimientos colectivos, a menudo voluntarios, a veces también impuestos a esas redes de dominación⁵. En cuanto al Estado, está lejos de disponer del monopolio de la fuerza o del de la justicia, y su autoridad sigue siendo muy reducida en las zonas conquistadas progresivamente por las olas de colonización que se han sucedido hasta nuestros días.

1.2 En muchos de los países latinoamericanos, los años que siguen a la crisis mundial de 1929 conducen a un refuerzo del Estado nacional y, por ende, al fortalecimiento del sentimiento de unidad nacional. En Colombia se produce también un cambio político importante: después de cincuenta años de poder conservador, el partido liberal accede al gobierno, en el que permanecerá hasta 1946, impulsando un proceso considerable de modernización. Sin embargo, no transforma los cimientos de la vida política; ni progresan particularmente la simbología de la unidad nacional, ni la de un pueblo que posee una identidad política más allá de su identificación con los dos partidos, ni la centralización de los procesos políticos. En consecuencia, la modernización no suprime de ninguna manera los obstáculos para la creación de una configuración populista.

4 A. L. Atehortúa describe cómo Trujillo, un municipio del norte del Valle del Cauca, gran productor de café y situado cerca de uno de los principales ejes de comunicación de Colombia, estuvo sometido durante décadas al terror ejercido por el gamonal y tuvo que cambiar sus preferencias electorales en función de la estrategia política de este líder. Cf. *El poder y la sangre. Las historias de Trujillo, Valle*. Cali, Gobernación del Valle del Cauca, 1995.

5 Cf. F. González. "Aproximación a la configuración política de Colombia". *Controversia. Un país en construcción*. Bogotá, CINEP, 1989, pp. 10-72.

La modernización reviste múltiples aspectos, que van desde la atenuación del papel de la Iglesia en el funcionamiento institucional⁶ hasta las medidas para dividir ciertas grandes haciendas cafeteras azotadas por conflictos agrarios de gran magnitud⁷, pasando por la intervención del gobierno en los conflictos sociales y su apoyo a la creación de numerosos sindicatos. Esto basta para que muchos sectores tengan el sentimiento de una verdadera revolución; por otro lado, Alfonso López Pumarejo, presidente de 1934 a 1938, bautiza su mandato con el nombre de "Revolución en marcha". Esta modernización apenas presenta rasgos populistas y las reformas no ponen en tela de juicio las estructuras del poder político ni el imaginario social⁸.

Esta fase es, en primer lugar, aquella en la que se instaura lo que se puede definir como un modo de gestión privatizada de la política económica, contraria a la tendencia a aumentar la importancia de la regulación estatal que prevalece por todas partes en la década de los treinta. Todo depende de la política adoptada frente a la caída de los precios del café. La organización privada a la que se confía finalmente la tarea de definir las medidas en este campo es la Federación de Cafeteros, a diferencia de lo que ocurre en Brasil. Y tras los exportadores, todas las demás élites económicas, y especialmente los industriales, unidos por estrechos vínculos con los exportadores, rechazan lo que llaman "la intervención del Estado". Lo que podría parecer no ser más que una peripecia, se convierte en la base de un estilo de gestión de la economía propio de Colombia. Bajo la influencia de los responsables de los gremios, a los que con mucha frecuencia se entregan las carteras económicas en los gobiernos, los gastos y las inversiones públicas se establecerán por mucho tiempo en un nivel inferior por la mitad al de los países con economías equivalentes⁹.

Se admitirá, de una vez por todas, que la definición y la puesta en marcha de las políticas económicas no dependerá de los azares de la política. Colombia va así a

-
- 6 En el preámbulo de la Constitución de 1941 se suprime la referencia a Dios como fuente de autoridad. Los conservadores ven en esta medida un sacrilegio.
 - 7 Los años 1925-35 están marcados por la multiplicación de conflictos agrarios en las zonas en donde se habían asentado a finales del siglo XIX las primeras propiedades de café. Estos conflictos, que sólo estarán acompañados por un grado relativamente reducido de violencia abierta, serán lo suficientemente intensos para conducir a la división de una gran parte de estas propiedades.
 - 8 Alfonso López Pumarejo, hijo de uno de los hombres de finanzas más importantes de la época, y quien comenzó su carrera como exportador de café, poseía además una sensibilidad demasiado aristocrática para recurrir a los argumentos populistas.
 - 9 Cf. A. Berry. "Some implications of elitist rule economic development in Colombia". En G. Ranis (ed.). *Government and economic development*. New Haven and London, Yale University Press, 1971, pp. 3-25.

preservar, aún en los momentos de tormenta política, una orientación ortodoxa y prudente que le ahorrará las aventuras inflacionistas de los países vecinos, pero mantendrá la distribución desigual de los ingresos. La privatización de la gestión económica se convertirá en uno de los mayores obstáculos para la constitución de todo movimiento populista.

La legitimidad adquirida por los gremios económicos contribuye también a que el reconocimiento de nuevos derechos sociales siga siendo en ese momento de los más reducidos. Alfonso López Pumarejo pudo dar apoyo personal a diversos sindicatos, pero no promovió ninguna legislación social de envergadura sino hasta 1944-45, cuyos efectos se verán reducidos a nada por el incremento de la violencia. Ahora bien, gracias a la instauración de derechos sociales y de las bases de apoyo que suscita, estados como el brasileño, el mexicano o el chileno se refuerzan y afirman su dominio sobre la sociedad. El Estado colombiano no adquiere tal autonomía, sino que continúa confundándose ampliamente con la escena política; y esta escena sigue regida por la rivalidad entre los dos partidos políticos.

La modernización de la década de los treinta, lejos de atenuar la antigua división de la sociedad entre las dos subculturas partidistas no hace sino exacerbarla. Las medidas destinadas a atenuar el dominio de la Iglesia sobre las instituciones llevan a los conservadores a clamar contra semejante sacrilegio y resucitan viejos rencores entre las dos comunidades partidistas. Alfonso López Pumarejo no se dirige por lo demás al conjunto del "pueblo", sino al "pueblo liberal". Los pocos sectores que antes de 1930 habían tomado distancias con la simbología partidista se ven obligados a volver a las anteriores adscripciones, como en el caso de los cuadros obreros y de los comunistas, así como también en el de los grupos sociales que participan en otros países en la consolidación del Estado-nación y del imaginario nacional. Los intelectuales que habían pretendido de alguna manera mantenerse independientes acaban adoptando la separación partidista; en cuanto a los militares, que en la fase anterior habían estado estrechamente ligados al partido conservador y no habían conocido sino un inicio de profesionalización, son reducidos por los gobiernos liberales a una posición de subordinación frente a las élites civiles que los privan de todo recurso para asumir una ideología propia. No se encuentra pues ningún grupo para afirmar la prioridad del Estado nacional con respecto a los desafíos partidistas.

Precaria legitimidad del Estado en el campo económico, ausencia de derechos sociales, mantenimiento de las subculturas partidistas, subordinación de los intelectuales y de los militares, son elementos que refuerzan la posibilidad de movilizaciones populistas; elementos que de ninguna manera son fugaces. El Estado no ofrece ningún punto de apoyo, el modelo económico no ofrece ningún margen de juego y la imagen de la unidad nacional sigue siendo también precaria.

2. Ambigüedad y fraccionamiento de una configuración populista

2.1 El movimiento gaitanista que surge en 1945-46 ofrece uno de los ejemplos más característicos de una configuración populista.

Las configuraciones populistas presentan variables considerables, entre las que se pueden distinguir por lo menos las tres principales. La primera es la que se centra en un proyecto de construcción del Estado nacional y el que delega en este Estado la tarea de forjar la unidad de la sociedad, aún cuando esta unidad existe de manera latente a través de una "cultura nacional" oscurecida por las ficciones tomadas en préstamo del liberalismo político. Es la que prevalece en los casos del Brasil de Getulio Vargas y del México de Lázaro Cárdenas.

La segunda variante insiste en las contradicciones sociales, con el contraste entre los "sin derechos" y la "oligarquía", entre la exclusión política de la mayoría y los privilegios de una minoría: es la que se da en el peronismo.

La tercera, más frágil, considera las desigualdades sociales sin por ello sacudir las estructuras sociales: podemos hablar aquí de un populismo filantrópico, como el de Odría en Perú, que "trata más bien del precio de la papa que de la grandeza de la nación". Estamos más cerca en este caso de un simple estilo populista.

Pero estas configuraciones populistas tienen en común querer fundar el orden social sobre nuevas bases. La imagen del desorden es la que más los obsesiona. A lo largo del siglo XIX e incluso en el siglo XX, surge el temor de que América Latina se vea condenada a la desorganización. La alternativa "barbarie o civilización" de Sarmiento va mucho más allá de la coyuntura argentina en la que ha sido formulada. Revela la imposibilidad de esas sociedades de adoptar las ficciones que sustentaron la formación del orden en Europa, ya se trate del mercado autorregulado, de las leyes naturales o de la similitud de los individuos. Esto no quiere decir que estas ficciones no tengan eco en América Latina, sino que en cada crisis vuelan en pedazos y se pone al descubierto una "realidad"¹⁰ que parece arruinar el proyecto de acceso a la modernidad. Las configuraciones populistas constituyen una manera de evocar otra ficción, conforme con esta realidad, la de un pacto fundador por el que el pueblo toma forma política gracias a un líder y sin pasar por los mecanismos clásicos de representación.

10 La noción de "realidad" está omnipresente en los discursos de los reformistas de los años 1920-1940 en la mayor parte de los países latinoamericanos. Esta puede referirse a las especificidades de "razas" locales o a la cultura subyacente, pero apunta a combatir las instituciones "artificiales" que, bajo la influencia de los países centrales, fueron implantadas en América Latina.

El gaitanismo se inserta en el segundo tipo de dichas configuraciones. Es efectivamente la separación entre las víctimas de la miseria social y los poderosos lo que pone en tela de juicio. Recurriendo a este lenguaje y pretendiendo situarse más allá de la separación entre liberales y conservadores, Jorge Eliécer Gaitán¹¹ trastorna el panorama político. En 1945 rompe con el partido liberal y lanza su candidatura a la elección presidencial de 1946. Si bien sólo logra el tercer lugar¹² y provoca, debido a la división del partido liberal, el retorno de los conservadores al poder, el eco que encuentra su discurso es tal que nada parece poder parar su progreso y el advenimiento de la configuración populista de la que es portavoz.

Nuestra tesis es, no obstante, que más allá de un primer momento en el que lleva al extremo ciertos rasgos del populismo, el gaitanismo tiende rápidamente a verse atravesado por lógicas heterogéneas debido al contexto en el que interviene. Mucho antes del asesinato de Gaitán, se percibe el bloqueo del avance populista.

11 En 1945, Jorge Eliécer Gaitán está lejos de ser un recién llegado a la política. A pesar de sus orígenes modestos –su padre era un pequeño librero–, ya tiene una carrera política brillante. Gaitán, un abogado que residió en Italia entre 1926 y 1929, adquirió entonces una formación en criminología con Ferri, discípulo de Lombroso, quien también recibió la influencia del darwinismo social. Las grandes manifestaciones mussolinianas lo impresionaron muchísimo y fue rápidamente promovido a las dignidades políticas más altas en Colombia después de la victoria del partido liberal en la elección de 1930. Se benefició del apoyo del aristocrático presidente Enrique Olaya Herrera, fue llevado sucesivamente a la presidencia de la Cámara, luego a la del partido liberal, y luego a la segunda vicepresidencia de la República para la cual fue nombrado a la edad de treinta y cuatro años. Durante los dos gobiernos siguientes, sus relaciones con el poder son menos buenas. Esto no le impide ser nombrado alcalde de Bogotá en 1937, cargo muy prestigioso, y luego convertirse en Ministro del Trabajo y de la Salud en 1943. Pero esta carrera está también marcada desde el principio por fases en las que Gaitán se convierte en el defensor de las clases populares. Se convierte también en un político sobresaliente en 1929 al denunciar las condiciones impuestas a los trabajadores de la *United Fruit Company* en Santa Marta. De 1933 a 1935 abandona el partido liberal para crear un movimiento, la Unión Nacional de Izquierda Revolucionaria (UNIR), que intervino en los conflictos agrarios que sacudieron la región cafetera cercana a Bogotá. Por lo demás, los honores recibidos no impidieron, en una sociedad impregnada de elitismo, que padeciera las vejaciones ligadas a sus orígenes y que fuera tratado como el “Negro Gaitán” en los salones de la oligarquía, debido a su piel cobriza.

12 Gaitán obtiene el 26% de los sufragios, el candidato oficial del partido liberal el 32.3% y el candidato del partido conservador, Mariano Ospina Pérez, el 41.4%.

2.2 El gaitanismo es contemporáneo del peronismo. La coyuntura de la inmediata posguerra es por lo demás favorable a la aparición de movilizaciones populistas. Las tensiones sociales acumuladas durante la guerra y el deterioro de aquellos que estaban encargados de enfrentarlas contribuyeron a dicha aparición. La formación de un fondo de reservas en divisas, ligado a la ruptura relativa de las corrientes de importación suscita de alguna manera el sentimiento de que se abre un nuevo período de crecimiento rápido y que permitirá una mejor distribución de la renta.

El discurso gaitanista se parece de entrada al del peronismo: el mismo cuestionamiento de la oligarquía, de los partidos políticos y de la democracia liberal; la misma oposición entre el pueblo y la oligarquía, entre el país real y el país político, entre el individualismo y la unidad orgánica de la sociedad; la misma aspiración a superar las oposiciones entre “el capital” y “el trabajo” en nombre de una reconstrucción orgánica de la sociedad. Pero las diferencias con el peronismo no son menos apreciables.

La oposición pueblo/oligarquía no conduce en Gaitán a contenidos sociales precisos. La influencia de la criminología italiana lo lleva a una lectura sobre todo biológica de ese contraste. El pueblo se caracteriza en primer lugar por su estado de deterioro, incluso de degeneración, fisiológico. En sus discursos son innumerables las referencias a este tema¹³. Los eslóganes que lanzan en 1945-46 y que quedarán grabados en la memoria de los colombianos (“El hambre no tiene color político” y “Las enfermedades no son ni conservadoras ni liberales”) implican sin lugar a dudas el propósito de superar la división partidista, pero también deben ser interpretados en su sentido literal: debido a su miseria biológica el pueblo todavía no puede acceder por sí mismo a la condición de sujeto político¹⁴. En cuanto a la noción de oligarquía, con ella no se designa

13 Todas las citas sobre Gaitán son tomadas de la obra de J. Villaveces. *Los mejores discursos de Gaitán*. Segunda edición. Bogotá, Jorvi, 1968.

14 Entre los rasgos de esta obsesión biológica podemos subrayar los siguientes: “Buscar la gente inteligente y capaz. La gente honesta y sociable en los organismos débiles y enfermos, atacados por todas las taras hereditarias y ocasionales es una imposibilidad física”. O también: “No me hablen de grandes esfuerzos ni de grandes realizaciones en un hígado o un proceso nutritivo deficiente. Nuestros políticos han olvidado que el hombre es ante todo una realidad biológica y fisiológica. Sin la nutrición de las células, sin el funcionamiento equilibrado del organismo, es vano hablar de justicia, de grandeza nacional”. O: “Con un 60% de madres sifilíticas, sólo podremos tener una población fisiológicamente degenerada, arruinada y, por consiguiente, sociológicamente degenerada”.

tampoco a una clase precisa, y además Gaitán suele excluir de la misma, explícitamente, a todos los sectores que participan en la producción económica¹⁵, pues es precisamente su carácter improductivo el que pretende denunciar. La noción de "oligarquía" se refiere ante todo a la "clase política" y a su "poder absoluto"¹⁶. Mucho más que un conflicto entre dos grupos sociales, Gaitán describe un modo de separación social en el que ni el pueblo ni la oligarquía tienen verdaderamente una imagen humana. Elabora una representación mítica de un combate entre fuerzas inhumanas, de las que unas encarnan el sufrimiento y otras el goce¹⁷.

La oposición país real/país político y la oposición "individualismo-unidad orgánica" coinciden ampliamente con la precedente, pero es la democracia liberal a la que se apunta en estas dos antinomias. El reproche que le hace Gaitán no es el de mantener la desigualdad, sino el de favorecer, en nombre de un igualitarismo abstracto, el reino político de los mediocres. Antes bien, su objetivo es hacer reconocer la "jerarquía de los méritos". En lo que respecta a la noción de unidad orgánica, esta se define en términos ampliamente biológicos. Para Gaitán, su modelo es el del organismo en el que "actúan elementos diversos, a veces opuestos, cuyo equilibrio garantiza la unidad".

Todas estas antinomias no admiten síntesis ni tercer término; lo que cuenta no es tanto el contenido de los dos términos, sino la línea de ruptura que sugieren. El vínculo social se caracteriza por una debilidad radical, ya que consiste en puras relaciones de fuerzas inhumanas.

El populismo gaitanista no crea un tercer término, sino que instaura en su lugar una relación fusional entre las masas y el líder, que reemplaza el vínculo social débil. La energía de las primeras se convierte en el substrato de la voluntad política del

15 En uno de sus discursos, Gaitán afirma por ejemplo que "la oligarquía" está conformada por aquellos que actúan "contra los intereses del pueblo que trabaja, contra la clase media y contra la clase laboriosa, contra las profesiones liberales y contra los intelectuales, contra los industriales y contra los agricultores y los caficultores".

16 Innumerables son las variaciones de Gaitán alrededor de esta imagen de "omnipotencia" a través de las cuales se manifiestan las "sensualidades del mando, las ventajas y los placeres del poder" y que termina en la "putrefacción", "la abyección" y "la ignominia".

17 De esta visión mítica de la oposición entre pueblo y oligarquía dan prueba pasajes en los que Gaitán afirma que ella existe "desde el comienzo de los tiempos", es decir, desde el momento en el que "un fuerte quiso abusar de un débil y un débil quiso someterse al abuso de un fuerte".

segundo. Gaitán se apodera, retomando sus palabras, del “impulso que camina en las profundidades agitadas del alma colectiva”. En compensación, se confunde con el pueblo, como él mismo lo proclama en otra de sus fórmulas que se hicieron célebres: “Yo no soy un hombre, soy un pueblo”. El pueblo es una materia a la que el líder da forma, según los términos aristotélicos¹⁸. Con la movilización populista de 1945-1948, la relación fusional se hace aún más fuerte: la palabra de Gaitán se convierte en la del pueblo. Durante la última manifestación organizada antes de su asesinato para protestar contra la violencia ejercida por los conservadores, Gaitán hace desfilar a las masas en completo silencio. Más allá del símbolo de duelo que conlleva ese silencio, es su oportunidad de demostrar que puede, siendo la palabra de las masas, “neutralizar las leyes de la psicología colectiva”¹⁹ y metamorfosear el desorden latente en una impresionante disciplina. En lenguaje cristiano, podemos evocar una operación de transustanciación por la que el cuerpo de las masas se vuelve el del líder.

Aunque el sistema de oposición en torno al cual se construye el discurso gaitanista presenta una cierta homología con el peronismo, comprobamos que las diferencias son considerables, ya que para Gaitán el pueblo no es un sujeto político por sí mismo, o, en las mejores condiciones, sólo lo es en potencia, debido a su deterioro biológico y a que la relación con el líder no se establece sobre la base de los intereses, sino solamente del imaginario. Tales diferencias no dependen únicamente de la influencia sobre el pensamiento de Gaitán de Lombroso o de Gustavo Le Bon y de su psicología de las masas, sino que nos remiten de hecho a un diagnóstico distinto de la naturaleza de las fuerzas presentes y de la posible estrategia.

2.3 El peronismo sucedía a la “década infame”. Sin duda alguna, es posible que esta década no haya impedido tanto como se ha pretendido un cierto aumento de las reivindicaciones sindicales. Pero el sentimiento de exclusión política no por ello era menos intenso. El gaitanismo, sin embargo, viene después de la “Revolución en marcha”, y una amplia fracción de los sectores populares liberales, en particular el aparato sindical, está convencida de haber obtenido, gracias a López Pumarejo, derecho de ciudadanía. Lo que explica la fidelidad de varios sectores populares vinculados al partido liberal oficial durante las elecciones presidenciales de 1946 y

18 No es un azar si, en la etapa anterior, cuando era alcalde de Bogotá, Gaitán luchó por impedir que los empleados llevaran la tradicional “ruana” o quiso obligar a los choferes de taxi a llevar un uniforme: se trataba de alejar al pueblo de sus hábitos “rurales” y de “civilizarlo”.

19 Esta frase hace parte del discurso pronunciado por Gaitán ante la muchedumbre silenciosa.

su animosidad contra un Gaitán que, por su disidencia, da a los conservadores la oportunidad de volver al poder.

Ahora bien, esta animosidad va a mantenerse después de 1946. Los comunistas, para quienes el peronismo es una nueva versión del fascismo y el gaitanismo una variante del peronismo, son los más encarnizados, pero los sindicalismos liberales comparten con frecuencia ese rechazo. Por eso, Gaitán no hará sino atacar a las organizaciones sindicales, que, según él, son “la quinta rueda de la carroza de la oligarquía”.

Si el populismo gaitanista se refiere tan claramente al pueblo desorganizado, es debido a que se edifica contra las organizaciones populares ya establecidas. La CTC, confederación sindical formada en 1938 e influenciada tanto por los liberales oficiales como por los comunistas, es uno de sus blancos favoritos. Otros sindicatos surgen entre 1946 y 1948 y se agrupan en una nueva confederación, la UTC²⁰. Pero se ubican en la línea del partido conservador, escapando por ende al impacto del gaitanismo. Sin embargo, Gaitán no se conforma con combatir las organizaciones sindicales, sino que en muchas ocasiones ataca al conjunto de la clase obrera organizada, denunciando sus “privilegios” y sus reivindicaciones²¹.

No obstante, hay un momento en que, como ocurrió el 17 de octubre de 1945 en Argentina, las masas y los sectores organizados están a punto de coincidir. En efecto, el 13 de mayo de 1947, la CTC lanza una jornada de huelga general contra el gobierno, y Gaitán parece darle su aval. Nada parece poder resistir a tal coalición. Sin embargo, el movimiento no cuaja, pues en el último momento Gaitán se niega a solidarizarse con los huelguistas, condenándolos así al fracaso. A pesar de las sanciones masivas que afectan a los sindicatos y llevan a su destrucción progresiva, Gaitán evita tomar partido como si el debilitamiento de las organizaciones populares pudiera reforzar la movilización populista.

El segundo contraste con el peronismo consiste en que el gaitanismo no puede a la larga tomar distancias respecto a los partidos tradicionales, ya que las subculturas partidistas no se dejan romper fácilmente. Aún en 1946, eran

20 Unión de Trabajadores de Colombia (UTC). Ella agrupa especialmente a los sindicatos de las grandes empresas de textiles de Medellín pero estos sindicatos siguen estando bajo la tutela de los patronos y de la Iglesia. La creación de la UTC es una medida de los conservadores para limitar la influencia de la CTC.

21 En 1945-46, critica así los reajustes salariales de los que se benefician ciertos sectores obreros mientras que los salarios siguen siendo muy bajos.

esencialmente las masas liberales las que lo seguían²². Después del éxito de los conservadores en la elección presidencial, esto se hace aún más patente, pues la división partidista se impone sin atenuantes, como lo demuestra el aumento de la violencia. Gaitán vuelve pues con toda naturalidad al partido liberal, cuya dirección conquista en pocos meses. Desde entonces, se impone la lógica partidista y, con ella, los compromisos con las redes de clientelas e incluso con la oligarquía. La timidez de las propuestas gaitanistas en el campo agrario tiene allí una de sus explicaciones²³. El populismo gaitanista se ve pues obligado a atribuir de nuevo su lugar a las mediaciones antiguas de la política. El pueblo gaitanista ya no es solamente el pueblo desorganizado, sino el pueblo organizado por el personal político habitual.

Así, es la viabilidad misma de la solución populista la que se ve puesta en tela de juicio. Si bien es cierto que el estilo populista no desaparece, se pone al servicio de los intereses clásicos en juego. Por lo demás, la imagen de los “dos pueblos” acaba imponiéndose. Por eso, y es una tercera diferencia con el peronismo, la movilización gaitanista sólo se acompaña con un nacionalismo bastante discreto, pues la imagen misma de la unidad nacional se ve condenada a seguir siendo vaga²⁴. Igualmente, el papel confiado al Estado en el programa gaitanista continúa siendo relativamente modesto por la necesidad de atraer a los dirigentes económicos del partido liberal.

Un año antes del asesinato de Gaitán, reina de nuevo el imaginario político de siempre. El desafío populista se difumina en beneficio del de la violencia.

22 El argumento de Gaitán según el cual “el hambre no es ni conservador ni liberal” es, en gran medida, un argumento de circunstancia en un momento en el que el partido conservador todavía no había hecho saber si iba a presentar a un candidato a la elección presidencial de 1946; en ese momento Gaitán esperaba constituir una coalición con él.

23 El gaitanismo penetra con más dificultad en las zonas rurales que en las ciudades. Durante la elección presidencial de 1946, Gaitán obtuvo el 57.5% de los votos en Bogotá frente a un 15.5% del candidato liberal oficial, pero en el departamento de Cundinamarca (cuya capital es Bogotá) Gaitán sólo obtuvo el 33.8% de los sufragios. En Cali obtuvo el 37.9% de los votos frente al 24% del candidato liberal. En este departamento su resultado es el del 30.6%. Cf. R.S. Weinert. “Political modernization in Colombia”. Ph D., Columbia University, 1967.

24 Este fue el caso durante la campaña electoral de 1946. El componente nacionalista del discurso gaitanista es sobre todo una manera de atacar los orígenes libaneses del candidato oficial del partido liberal como lo muestran el llamado a las mujeres para que voten a favor de alguien “salido de entrañas colombianas” y las advertencias contra la llegada –a pesar de ser muy reducida– de inmigrantes a Colombia. El antiamericanismo, ingrediente central de los nacionalismos latinoamericanos, sigue siendo singularmente tímido.

2.4 Si la movilización populista decae mucho antes del 9 de abril de 1948, la violencia partidista tampoco empieza en esta fecha, contrariamente a lo que se suele decir. Desde 1946-47 azota a varios departamentos. Tan sólo en 1947 se cuentan ya catorce mil víctimas²⁵. Conviene pues que nos interroguemos sobre la relación entre la movilización populista y el incremento de la violencia.

Con o sin populismo, en Colombia toda alternancia en el poder provoca con seguridad violencia. Esto es tan cierto que, para atenuar su amplitud, los presidentes que se encuentran en esa situación suelen en un primer momento formar gobiernos de unión nacional. Es lo que ocurrió entre 1930 y 1934, lo que no impidió que la violencia azotara a departamentos enteros. El conservador Ospina Pérez procede así mismo en 1946 y la Unión Nacional se mantendrá hasta febrero de 1948, para ser restablecida de nuevo después del Bogotazo hasta abril de 1949. Esta vez, sin embargo, la violencia no se atenuará, sino que invadirá muy pronto una gran parte del país. Es pues legítimo considerar los efectos del populismo, aún cuando hay que tener en cuenta otros factores²⁶.

Sin embargo, es conveniente no simplificar la relación entre populismo y violencia, que puede ser de tres tipos. Puede haber un efecto directo que se deriva de la retórica de Gaitán. Tanto las oposiciones sin síntesis que lo caracterizan, como la definición del pueblo que pregona, hacen surgir esta dimensión. Las primeras engendran, como hemos visto, una concepción de lo social atravesado por puras relaciones de fuerza. La segunda reduce las masas a su energía y les quita todo *status* político propio; aparecen pues como condenadas a oscilar entre la pasividad y la rabia en cuanto el líder no está ahí para prestarles su palabra. Y es precisamente rabia lo que se manifestará el 9 de abril de 1948 inmediatamente después del asesinato de Gaitán, en Bogotá con el famoso Bogotazo, así como en otras muchas ciudades de provincia: la explosión social sólo logrará dotarse de una organización y de un objetivo en contados casos. En Bogotá se manifestará con la destrucción de una cierta cantidad de edificios, pero no irá más allá. El alzamiento se disolverá apenas la "oligarquía liberal" llame a un nuevo pacto provisional de unión nacional con los

25 Cf. P. Oquist. *Violencia, conflicto y política en Colombia*. Bogotá, Banco Popular, 1976.

26 La violencia no va a dejar de ser política: hasta el bandolerismo que va a sacudir muchas zonas reviste constantemente un carácter partidista. Ocurre que la violencia ya no responde solamente, después de 1949, a una lógica electoral sino que toma un aspecto económico y social como lo muestra el hecho de que ella se desplaza de los departamentos decisivos durante las elecciones hacia los más ricos, y en particular hacia aquellos en donde predomina la economía del café que, desde 1949 hasta 1955, debido a los precios particularmente altos, se convierte en el blanco de los actores de la violencia.

conservadores. Todo ocurre efectivamente como si el “pueblo” fuera incapaz de actuar políticamente por su cuenta. El bandolerismo social que seguirá revela aún la rabia popular, pero con formas singularmente confusas²⁷.

Pero el efecto puede también ser indirecto. El aporte del gaitanismo a la violencia se debe sobre todo a que él contribuyó, provocando una movilización sin precedentes, a alimentar la división “amigo-enemigo” que rige de manera latente la competencia de las dos comunidades políticas. Inmediatamente después del Bogotazo, ya lo hemos dicho, la movilización política se reinscribe en el marco de los dos partidos tradicionales. La dialéctica de lo humano y de lo inhumano, tan grata a Gaitán, no desaparece, sino que se pone al servicio de la lucha partidista. La huella del gaitanismo se percibe en la formación de numerosas “juntas” y “guerrillas”, que acogen a muchos gaitanistas que pretenden continuar la lucha al estilo de las guerras civiles del siglo XIX. Si a menudo éstas se proclaman “revolucionarias”, por lo general es en el sentido antiguo, que sólo implica el derrocamiento del poder establecido. De hecho, serán escasas las que logren desprenderse completamente de un vínculo de sumisión hacia las élites liberales, aún las famosas guerrillas de los Llanos después de 1950²⁸. Una movilización casi comparable sucede a partir de 1948 en el seno del partido conservador tras Laureano Gómez, y podemos hablar del nacimiento de una especie de populismo reaccionario. Al afirmar que los liberales quieren acabar con los valores católicos de la nación y pretendiendo refundar una catolicidad temporal, Laureano Gómez propone purificar el país “a sangre y fuego”, suscitando así un verdadero espíritu de cruzada que arrastrará a algunos sectores del campesinado conservador. Laureano Gómez será elegido presidente en 1949, tras haber renunciado el partido liberal a presentar candidato debido a la violencia. El populismo deja pues lugar a un puro fenómeno de movilización política, y éste pasa por los dos partidos.

Queda un último efecto. La violencia constituye también una réplica de las élites tradicionales frente al espectro del populismo. A través de ella, los intermediarios

27 Cf. G. Sánchez y D. Meertens. *Bandoleros, Gamonales y Campesinos*. Bogotá, El Ancora, 1993. Además, el bandolerismo rural no les impide a las clases privilegiadas sacar el mejor partido de la violencia como lo muestra C.M. Ortiz. *La Violence en Colombie*. Paris, L'Harmattan, 1990.

28 En la medida en que las guerrillas de los Llanos establecieron en 1952 “leyes” en su territorio y preconizaron la confiscación de las grandes haciendas, muchos intérpretes quisieron ver en ellas grupos revolucionarios. Pero numerosos testimonios muestran que estas guerrillas estaban compuestas de bandas rivales, interesadas sobre todo en preservar el control sobre sus tierras. El proyecto de confiscación apunta solamente a las grandes haciendas que están en manos de los conservadores.

políticos recuperan su capacidad de reubicación y, al finalizar la Violencia, la derrota de las clases populares es evidente, no sólo en las zonas rurales, sino también en las zonas urbanas, con la desaparición de los sindicatos independientes. Las élites lograrán incluso hacerse cargo de nuevo de la dialéctica de lo humano y lo inhumano, pero invirtiéndola: se imputará al pueblo la “barbarie” tanto del Bogotazo como de la Violencia, mientras que las élites se presentarán como garantes de la sociedad civilizada. A los diversos obstáculos al populismo vendrá a añadirse otro, dependiente de su estigmatización, como si el populismo se confundiera necesariamente con la violencia de las masas.

Más que el populismo, es su fracaso, su desvirtuamiento por la clase política, aún su imposibilidad estructural, lo que da libre curso a la violencia. Y el orden restablecido en 1958 va a avenirse mucho mejor con una violencia crónica que con el populismo. Aunque crónica, la violencia no amenaza ni el poder de los gremios, ni el mantenimiento de un modelo de desarrollo ortodoxo y no igualitario, ni la hegemonía de los partidos tradicionales. El populismo parece mucho más inaceptable.

3. Un populismo contestatario y filantrópico que fracasa

3.1 La Violencia se manifiesta no sólo por una nueva memoria que refuerza las subculturas partidistas, sino por la caída de una gran parte de la población, en todo caso rural, en el entramado de las redes clientelistas, lo que significa que las posibilidades del populismo se hacen aún más limitadas.

Llevado al poder en 1953 por un golpe de estado —el único de ese siglo—, sostenido por la casi totalidad de las élites, preocupadas ante el peligro de que la violencia escape a su control, el general Rojas Pinilla intentará a partir de 1955 recurrir a ciertos ingredientes del populismo. Imitando a su vez a Perón, invoca al pueblo para consolidar su legitimidad, se esfuerza por hacer de su hija, María Eugenia, una especie de Evita encargada de una política simbólica de filantropía, preconiza una “tercera vía” de desarrollo. El proyecto no podrá ir muy lejos. Por un lado, el general Rojas Pinilla, que participó en la violencia conservadora²⁹ emprende al mismo tiempo la

29 Como coronel, Rojas Pinilla se había distinguido en 1949-53 por su participación en la violencia conservadora. Hay que anotar además que, durante La Violencia, el ejército, lejos de actuar como una fuerza reguladora como lo esperaban los liberales, se puso al servicio del gobierno conservador de Laureano Gómez. El golpe de Estado de 1953 fue sostenido sobre todo por los conservadores inquietos por los proyectos de Laureano Gómez. En 1955, Rojas Pinilla, presidente de Colombia, reactiva las acciones militares para destruir los focos de autodefensa campesina creados por el partido comunista.

tarea de reducir por la fuerza los focos campesinos de resistencia suscitados por el partido comunista, lo que quita a su proyecto gran parte de credibilidad. Por otro lado y sobre todo, las élites no tardan en manifestar que no están dispuestas a tolerar la emancipación del que consideran como su criatura: el héroe de 1953 se ve pronto denunciado como un “dictador” y en 1957 el general es obligado a dejar el poder tras una huelga general organizada por los industriales.

Un año después, esas mismas élites se ponen por fin de acuerdo sobre la fórmula que permite al mismo tiempo prevenir cualquier nueva irrupción de los militares y poner fin progresivamente a las últimas manifestaciones de violencia. Es el Frente Nacional el que prevé la alternancia de los dos partidos en la presidencia y la distribución por mitades de todos los cargos públicos, desde los ministeriales y los de los representantes en las diversas asambleas hasta los de los funcionarios públicos, de arriba a abajo. Prevista para durar dieciséis años, aprobada al comienzo por más del 90% de la población, esta fórmula se prolongará de hecho hasta mucho más tarde; incluso podemos decir que sigue aún vigente. Es verdad que, desde 1972, la libre competencia entre los dos partidos tradicionales ha recobrado en principio sus derechos y otros partidos pueden participar en las elecciones y ser representados en las asambleas. Sin embargo, el sistema de coalición entre los dos partidos ha seguido prevaleciendo. En cuanto a los demás partidos, no han conseguido salir de una situación de marginalidad, con marcas que giran generalmente en torno a 3 ó 4% de los votos³⁰.

Esta fórmula constituye una barrera contra cualquier brecha populista. La regla consociacional que instaura hace descansar el régimen en una negociación permanente entre las diversas élites políticas y sociales. Los conflictos políticos, limitados como están al plano nacional, se transfieren al plano local a través del juego de los clanes y clientelas. La subordinación de las clases populares se vuelve una situación crónica y toda movilización de envergadura se percibe como ilegítima en la medida en que cuestiona una fórmula identificada con la “democracia”³¹. La ciudadanía se

30 Por fuera de la Anapo, otro movimiento de oposición al Frente Nacional obtendrá sin embargo a comienzos de 1960 un resultado importante. Se trata del Movimiento Revolucionario Liberal (MRL), dirigido por Alfonso López Michelsen, el hijo de Alfonso López Pumarejo, quien encontrará en particular un fuerte apoyo de los liberales de las zonas más marcadas por La Violencia. En 1967, López Michelsen regresará sin embargo al partido liberal y llegará a la presidencia en 1974.

31 Sobre el Frente Nacional Cf. J. Hartlyn. *The politics of coalition rule in Colombia*. Cambridge, Cambridge University Press, 1988; R.A. Berry, R.G. Hellman et M. Solaun (ed). *Politics of compromise, Coalition government in Colombia*. New Brunswick, New Jersey, 1980; R. Dix. *The Politics of Colombia*. Stanford, Stanford University Press, 1987.

asimila a la pertenencia a uno de los partidos tradicionales. No cabe duda de que toda una parte de la población, particularmente los inmigrantes instalados en las ciudades y los sectores más instruidos, manifiesta sus distancias con el sistema político, pero lo hace mediante la abstención, por lo general superior al 50%, que apenas afecta a la clase política³².

3.2 Sin embargo, el populismo va a resurgir a finales de los años sesentas con el general Rojas Pinilla. Privado de sus derechos cívicos tras su derrocamiento, el general desea tomarse la revancha de aquellos que, después de haberlo llevado a lo alto, lo trataron como a un impostor. En 1961, crea, bajo el rótulo del partido conservador, una formación política, la Alianza Nacional Popular (Anapo). En un primer momento, sólo se trata de un grupo que recibe el apoyo de militares de reserva y de algunos fieles, y que actúa en muchos sentidos con una simple perspectiva de conspiración. Tanto el pasado conservador del general como la represión que puso en marcha cuando estaba en el poder contra los sectores populares radicalizados le impiden contar con muchos seguidores: A partir de 1966, su acción se extiende hasta los liberales y el tono populista se hace más marcado. La sorpresa llega en 1970: habiendo recuperado sus derechos cívicos y siendo candidato a la elección presidencial con el rótulo conservador, Rojas Pinilla es vencido por escasísimo margen por el candidato del Frente Nacional, habiéndose visto su triunfo impedido sólo por el fraude, según parece. Lo extraño no es solamente el resultado, sino también el hecho de que esta elección de lugar a una polarización social sin precedentes. Los sectores desfavorecidos votaron masivamente por el ex-“dictador”, mientras que los sectores “establecidos” apoyaron al candidato del Frente Nacional. El gaitanismo, inserto como estaba en la separación partidista, no había dado lugar, antes al contrario, a semejante fractura social.

¿Quiere ello decir que el populismo recupera terreno? De hecho, el populismo rojas-pinillista, marcado por la sensibilidad conservadora de su jefe, es ante todo un populismo filantrópico y de protesta. Es aún más tímido que el gaitanismo para sugerir contornos de otra forma de integración social.

32 El índice de abstención era alto desde antes del Frente Nacional. En 1946, durante una elección particularmente reñida, alcanzó el 40%. El aumento es sin embargo evidente bajo el Frente Nacional. En la primera elección presidencial, la de 1958, sólo es del 49%. Aumenta bruscamente al 61% en 1966. Estos índices se establecen, no sobre la base de los electores inscritos sino sobre la de la población en edad de votar. Cf. J. Hartlyn. *Op. cit.* p. 198. Estos altos índices se explican en parte por el rechazo a votar de los electores, como se obligaba por las reglas del Frente Nacional, a favor de un candidato del partido contrario, que además estaba cooptado por un pequeño círculo de ciudadanos importantes.

3.3 Desde su génesis la Anapo es de protesta, puesto que surge como una denuncia del Frente Nacional y de la dominación “oligárquica” que pone en marcha. Más aún que en el gaitanismo, el término “oligarquía” tiene sobre todo un contenido político. Hasta 1970, la Anapo dará prueba de extrema prudencia en el cuestionamiento de los sectores económicos dirigentes y no hará nada para reivindicar una reforma agraria que preocuparía a los grandes hacendados, entre los que se encuentran, por lo demás, el general Rojas Pinilla y otros muchos miembros de su entorno.

Como movimiento de protesta, conlleva también un aspecto propiamente reaccionario. Porque el general se erige también en defensor de los “valores tradicionales” y, en particular, de los valores católicos. Por convicción o para atraer a una Iglesia totalmente implicada en la fórmula del Frente Nacional, se pronuncia contra el control de la natalidad³³. En una Colombia que atraviesa en ese momento los inicios de un proceso de secularización a través de nuevas costumbres y nuevos modos de consumo, es una forma de preservar los antiguos referentes. Pero también hay que tener en cuenta que, en la primera etapa de la Anapo, su electorado se encuentra sobre todo en las filas del partido conservador y en las zonas rurales. En 1970, Rojas Pinilla consigue altos porcentajes de votos en departamentos como Boyacá (de donde es oriundo) y Santander, donde se encuentran las primeras bases de la violencia conservadora en 1946.

A partir de 1966 la Anapo empieza verdaderamente a contar con el electorado liberal. Ese año, la fórmula del Frente Nacional la obliga a presentar un candidato liberal a las elecciones presidenciales con resultados muy prometedores: un tercio de los votos del conjunto de los emitidos. El índice de abstención, que en esas mismas elecciones alcanzó el 65%, revela por lo demás el malestar de ciertos electores respecto a un Frente Nacional que los obliga a votar por un candidato, Carlos Lleras Restrepo, hombre de Estado, de gran calibre sin lugar a dudas, pero tan impopular entre los antiguos simpatizantes gaitanistas por haber sido uno de los opositores más firmes al movimiento, como entre los conservadores por haber dirigido durante mucho tiempo la resistencia liberal contra el gobierno de Laureano Gómez. Una vez elegido, Carlos Lleras Restrepo, formado en la escuela de la Cepal, rompe con el inmovilismo del Frente Nacional, emprende la modernización del Estado y se esfuerza por dar un nuevo impulso a la modernización de las estructuras agrarias. Pero este reformismo lo alejó de un vasto sector de las clases pudientes sin asegurarle los sectores populares. Ello se debe en cierta manera a su estilo tecnocrático, pero

33 Es cierto que para la época ésto aglutina las posiciones de diversos grupos de izquierda, en particular la de los sectores maoístas.

también a que los tiempos llevan a la radicalización de ciertos grupos. Los últimos núcleos salidos de la resistencia campesina comunista contra los conservadores se transforman en guerrillas. La Asociación de Usuarios Campesinos (Anuc), creada por el gobierno en 1969 para apoyar la reforma agraria, no ha hecho sino escapársele de las manos, lanzándose en vastas operaciones de ocupación de tierras que siembran el pánico entre los propietarios. Los sindicatos, que, recién constituidos, acaban de obtener algunas disposiciones favorables, se rebelan cuando Carlos Lleras pretende recortar dichas disposiciones. También los intermediarios políticos manifiestan su oposición a las tentativas del Presidente de limitar el dominio del clientelismo en el seno del régimen.

3.4 Es pues, sobre un trasfondo de descontento y de agitación, como la Anapo progresa de 1966 a 1970. Pero, si es cierto que Rojas Pinilla va a recibir en 1970 muchos votos de propietarios inquietos o de sectores ultraconservadores, y que sigue encontrando eco principalmente en el electorado conservador³⁴, lo esencial es el efecto de polarización social que suscita. Ahí están las cifras para demostrarlo: en Bogotá, donde el voto por Rojas Pinilla es particularmente elevado, el porcentaje a su favor asciende a un 84% en las zonas de invasión; 62,2% entre la clase baja³⁵, 50% entre la clase media-baja. En contraste, sólo un 8% de la clase alta y un 11,9% de la clase media-alta votan por él³⁵. El mismo fenómeno se da en otras grandes ciudades, pero también en ciudades medianas y en algunas zonas rurales. La disminución de la abstención –sólo 53%– revela el compromiso de los sectores desfavorecidos con la política.

Hay que profundizar pues en la explicación. He evocado un populismo filantrópico. Y es cierto que la Anapo logra crear en las ciudades a las que afluyen los emigrantes debido a la violencia³⁶ o por motivos económicos y culturales, redes de ayuda que sustituyen a las redes clientelistas rurales. Como Odria había hecho recientemente en el Perú, Rojas Pinilla hace a menudo campaña blandiendo productos de primera necesidad para subrayar cuánto han aumentado los precios desde su

34 Cf. R. Dix. *Op. cit.* p. 146.

35 Cf. DANE. *Boletín Mensual de Estadística*. No. 229, 1970. Y los comentarios de R. Dix, "Political opposition under the National Front". En: A. Berry, R.H. Hellman y M. Solaun. *Politics of compromise*. *Op. cit.* p. 141.

36 No se ha comprobado que La Violencia haya hecho aumentar considerablemente, salvo en algunas regiones, migraciones que hubieran ocurrido probablemente de todas maneras. El hecho es que una gran parte de los desplazados le ha imputado sin embargo la causa de su partida. Incluso hoy en día, muchos colombianos explican sus trayectorias oficiales desde hace medio siglo por los efectos de La Violencia.

gobierno. No intenta realmente ganar el apoyo de los sindicatos y de otros sectores organizados, que confían muy poco en las promesas del antiguo presidente, aunque sus miembros acogen con frecuencia individualmente su candidatura. Además, la mezcla de conservadurismo y de predicación de protesta está lejos de definir un programa de transformación profunda. En ningún momento, Rojas Pinilla suscita el imaginario de “otra sociedad”, pero agitando el tema de la injusticia social, en una sociedad humillada y con profundas desigualdades, está tocando la misma cuerda que Gaitán.

¿Hay que considerar que la polarización revela la “puesta en disponibilidad” de los nuevos sectores urbanos invocada por Gino Germani para dar cuenta del surgimiento del peronismo? La tesis, ávidamente discutida en Argentina, contiene sin duda una parte de verdad en el caso colombiano, y la función de las redes de ayuda mutua anapista va en esa dirección. Además ella no debe llevar a subestimar el alcance de la protesta contra un sistema confiscado por las élites y que no ha hecho nada por reducir las desigualdades sociales, que se encuentran entre las más acentuadas de América Latina, ni la experiencia de la humillación social resultante de la Violencia. La modernización del Estado emprendida por Lleras Restrepo no hace sino aumentar las resistencias y despertar la desconfianza históricamente arraigada hacia el poder central³⁷, por no ir acompañada de medidas para garantizar los derechos de la ciudadanía. La polarización social no manifiesta en absoluto un conflicto de clase, que sigue siendo muy poco estructurado, sino el rechazo de las barreras sociales y políticas que atraviesan a la sociedad colombiana.

El sentimiento de injusticia no implica sin embargo que los sectores desfavorecidos estén dispuestos a ir más allá de la adhesión al populismo filantrópico que Rojas Pinilla les propone. La combinación de valores conservadores y de estilo de protesta es lo que permite movilizarlos. La prueba es que la caída de la Anapo se producirá a partir de la decepción provocada por una derrota electoral que Rojas Pinilla da la impresión de aceptar con alivio. Esa caída se acentuará aún más cuando, con el impulso de su hija María Eugenia, la Anapo pretenda dotarse de un programa menos ambiguo. En 1971, la flexibilización de las reglas del Frente Nacional lleva efectivamente a la Anapo a cortar su cordón umbilical con el partido conservador y a erigirse como partido independiente. Ahora bien, desde la elección parlamentaria de 1972,

37 Es cierto que los primeros años del Frente Nacional y en particular los años de la presidencia de Lleras Restrepo, corresponden a una coyuntura económica difícil. El crecimiento colombiano depende todavía de las exportaciones de café. Desde 1955, Colombia tiene varias veces desequilibrios comerciales, lo que implica devaluaciones repetidas generadoras de inflación, sobre todo en 1962.

presenta un fuerte retroceso como si sus electores no pudieran romper con su antigua cultura partidista. Y este retroceso se acentúa después de que la Anapo hubiera optado en 1973, con el impulso de los intelectuales que se le adhirieron, por comprometerse a favor de un "socialismo a la colombiana", y hubiera definido un vasto programa de reformas. El resultado no se hace esperar: como candidata a la elección presidencial de 1974, María Eugenia, que sin embargo goza de un alto índice de popularidad, sólo obtiene 7,4% de los votos. Los análisis electorales muestran que los electores de 1970 retornan con frecuencia a sus inclinaciones tradicionales o bien a la abstención. La muralla del Frente Nacional sigue pues bien firme.

3.5 El populismo rojas-pinillista se apaga pues por sí mismo, sin que su extinción dé lugar inmediatamente a un nuevo brote de violencia. Pero su fracaso está relacionado con las nuevas formas de acción radical que surgen en la década de los setenta y también con los progresos de la lucha armada.

El hecho es que el fracaso del populismo anapista se acompaña de un brote de movimientos sociales: vastas acciones estudiantiles de 1970 a 1973, numerosas huelgas y movimientos sindicales, movimiento sin precedentes de ocupación de tierras bajo la égida de la Anuc y que durará hasta 1974. La relación con el fracaso de la Anapo no es directa. Los sectores que toman parte en estas movilizaciones están lejos de haber participado igualmente en el ascenso del populismo, cuyo retroceso deja campo abierto a los sectores sociales más organizados en la medida en que se va cerrando la perspectiva de un cierto reformismo.

La relación es más evidente con la adhesión de sectores minoritarios a la idea de lucha armada. Las guerrillas no nacen en la década de los setenta, sino en el transcurso de la década anterior, y, en una primera etapa, no tienen nada que ver con el fracaso de un populismo con el que no comulgaban. La novedad es que en numerosos sectores urbanos germina el sentimiento de que no hay más medio para combatir al Frente Nacional que tomar la vía de la lucha armada. El fraude al que se achaca la derrota del general Rojas Pinilla en 1970 se interpreta como un signo de que el Frente Nacional no está dispuesto a abandonar el poder, y la caída de la Anapo parece demostrar igualmente que la oposición legal no tiene ninguna posibilidad de éxito. La filiación con la Anapo es explícita en el caso del M19, una nueva organización guerrillera que surge a comienzos de los setentas reagrupando a muchos de los antiguos militantes del movimiento y esforzándose por primera vez por implantar la lucha armada en las ciudades. El M19 prolongará por lo demás en algunos puntos la visión anapista rechazando toda ortodoxia marxista y llamando a un nacionalismo integrador, así como al establecimiento de una "verdadera democracia". Pero es probable que la derrota de 1970 juegue también un papel en la decisión de muchos estudiantes e hijos de obreros o de artesanos de irse a alguno de los grupos de guerrilla.

Con la nueva caída del populismo, el discurso de la integración social cede el lugar al de la contestación político-militar, al que ni siquiera los actores sociales pueden sustraerse. En el lugar de la antigua división según la pertenencia a uno de los partidos tradicionales, se instala otra que depende de la adhesión o la oposición a la perspectiva de la lucha armada. Una vez más, el populismo no aparece sino como una fase transitoria hacia la reinscripción de la división social en los términos de la violencia política.

4. El neopopulismo imposible

4.1 La fase de violencia generalizada que Colombia vive una vez más a partir de 1980 no tiene prácticamente ninguna relación con el fracaso de la Anapo. Tampoco se parece mucho a la Violencia de los años cincuenta. Ya no tiene nada que ver con el viejo antagonismo partidista, y los grupos guerrilleros poseen ahora una capacidad político-militar de una amplitud excepcional, pero ya no son los únicos protagonistas armados fuera de la ley: las organizaciones de narcotraficantes y después los paramilitares contribuyen también a definir el campo de la violencia. Como mucho podemos encontrar una semejanza con el episodio anterior de la Violencia: a medida que la violencia se generaliza, sus contornos políticos se hacen menos claros debido no sólo a la pluralidad de protagonistas, sino a las interferencias entre intereses económicos, sociales y políticos, así como entre la violencia estratégica de los principales protagonistas y la violencia desorganizada de amplias zonas urbanas y rurales³⁸.

Por largo tiempo esta violencia no pareció afectar mucho ni al desarrollo económico del país, ni a la estabilidad institucional. Colombia es el único país de América Latina que ha atravesado los años ochentas sin accidentes económicos mayores, con una tasa de crecimiento superior incluso a la de Chile. Ni las formaciones guerrilleras ni el terrorismo desplegado por los narcotraficantes, lograron aparentemente debilitar al régimen. Con o sin Frente Nacional, los dos partidos tradicionales parecen seguir reinando como en el pasado, ejerciendo el poder a través de coaliciones sucesivas. A pesar de las circunstancias, el régimen se esfuerza por demostrar que sigue siendo fiel a los procedimientos democráticos.

Sin embargo, la impresión de estabilidad es engañosa. Los partidos presentan, como en muchos países vecinos, un grado de debilitamiento que cuestiona los mecanismos de la representación política. Su unidad se ha partido en pedazos. El clientelismo a la antigua ha sido reemplazado por un clientelismo de corrupción. La tasa de abstención alcanzó a finales de los setentas y de nuevo a comienzos de los noventas niveles récord, sobrepasando

38 Cf. D. Pécaut. "Présent, Passé et Futur de la Violence". En: J.M. Blanquet y C. Gros (ed). *La Colombie à l'aube du Troisième Millénaire*. Paris, IHEAL, 1996.

a veces el 70%. Las instituciones están minadas por la corrupción. Pero la violencia agrega sus efectos propios a la crisis del régimen, a cuyo control escapan inmensos territorios, sometidos como están a la ley de los grupos armados. Los barrios de muchas ciudades están regidos por diversas bandas. El terror reina desde entonces en gran parte del país. En estas condiciones, las reglas institucionales pierden ampliamente su alcance y son los *modus vivendi* adoptados por las poblaciones o las reglas instituidas por los protagonistas de la violencia, los que definen la vida social. A pesar de las referencias a negociaciones, el país parece a punto de deslizarse en cualquier momento hacia una guerra aún más general.

4.2 Para hacer frente a la crisis y encontrar una salida al conflicto armado, los gobernantes han intentado varias veces impulsar grandes reformas políticas. Este es el caso en particular de la reunión de una asamblea constituyente en 1991 –que sustituirá la Constitución de 1886, símbolo por sí sola de la permanencia de las estructuras políticas colombianas, aunque a lo largo del tiempo hubiera sido reformada frecuentemente– que promulgará una constitución que apunta a abrir la vida política con el reconocimiento de múltiples mecanismos participativos y el de garantías sobre los derechos sociales y políticos. Esta nueva carta magna ha permitido a dos formaciones guerrilleras deponer las armas³⁹, pero no ha logrado que recobren credibilidad las instituciones –que, por el contrario, han seguido degradándose, como lo demuestra el escándalo por la financiación de la campaña del ex presidente Samper–, ni resolver el problema de la droga, ni frenar la expansión de la lucha armada que ha seguido agravándose hasta ahora.

Ningún fenómeno neopopulista ha surgido en este contexto. Si el desgaste de los partidos parece ofrecer la oportunidad para ello, la violencia generalizada por el momento lo impide.

Hemos asistido en diversas ocasiones al nacimiento de lo que podemos calificar como voto flotante, mixto entre un voto contestatario y un voto de opinión. Así, en 1991, con motivo de las elecciones para la Constituyente, el M19, transformado en partido político, presentó una lista, dirigida por Antonio Navarro Wolf, antiguo comandante de esa formación guerrillera, que obtuvo el 26% de los votos emitidos. Este resultado, desvirtuado por una abstención del 73%⁴⁰, no se confirmó en las

39 Se trata del M19 y luego del EPL. Otras guerrillas menos importantes siguieron el ejemplo. Pero, a pesar de varias tentativas de negociación, las dos principales organizaciones, las FARC y el ELN continúan sus luchas. Desde 1991, éstas no han dejado de aumentar su dominio territorial hasta el punto de controlar actualmente un tercio de los municipios.

40 Sobre el electorado inscrito. El índice es de más del 80% si se relaciona con el electorado potencial.

elecciones presidenciales de 1994, en las que el mismo Antonio Navarro Wolf sólo obtuvo un 3,9% de los votos. A fines de 1994, un antiguo rector de la Universidad Nacional, Antanas Mockus, gana triunfalmente la alcaldía de Bogotá. Aprovechando este éxito inesperado, emprende en 1998 una campaña para presentarse a las elecciones presidenciales, pero los sondeos lo disuaden rápidamente de llegar al final. Pero en esas mismas elecciones, el voto flotante permite a otra candidata independiente –con el apoyo de Mockus, que se convierte en su candidato a la vicepresidencia– alcanzar un récord inesperado de 27% de los votos, manifestándose además como retroceso considerable de la abstención.

Estos votos flotantes son inéditos en Colombia y no tienen, sin embargo, sino un componente neopopulista muy relativo. Cada uno de los personajes mencionados posee sin duda algunos de los rasgos singulares sobre los que se funda la confianza en ciertos líderes neopopulistas: el abandono de las armas por Navarro Wolf, las excentricidades y la honestidad que convirtieron a Antanas Mockus, profesor de matemáticas, en una figura nacional, o aún el valor de Noemí Sanín, poco antes niña mimada del régimen, que supo romper con el presidente Samper. La ausencia de demagogia social que los caracteriza –durante sus dos años de gestión en la alcaldía de Bogotá, Mockus intentó sobre todo racionalizar y privatizar los servicios públicos, así como desarrollar grandes campañas de educación ciudadana– no los distingue necesariamente de aquellos líderes neopopulistas que ponen en marcha una política económica neoliberal. Pero, además del aspecto fugaz de los fenómenos de adhesión, en ninguno de los tres casos nos enfrentamos verdaderamente a un proyecto de invención de identidad, de fabricación de una comunidad imaginada o incluso de reintegración simbólica en la nación, como ocurre en la mayoría de los fenómenos neopopulistas. Los retos son mucho más limitados: abrir verdaderamente el sistema político y sobre todo frenar la expansión de la violencia. ¿Es tan importante la relación con un personaje preciso? No sólo el voto flotante pasa de uno a otro a toda velocidad, sino que puede expresarse en forma de un puro deseo sin vínculo con una figura política: así, en octubre de 1997, diez millones de colombianos introdujeron en las urnas, con motivo de las elecciones locales, un voto a favor de “la paz”. Nada podría simbolizar mejor el hecho de que el voto de opinión traduce menos la confianza en un líder, que la aspiración de reconstruir la civilidad. La desconfianza hacia los mecanismos de poder se ejerce incluso respecto a aquellos que pretenden levantarse contra los antiguos partidos⁴¹.

41 Ha ocurrido que antiguos militares se presenten a las elecciones ofreciendo poner fin a la violencia. Han obtenido resultados irrisorios. El último de ellos, el general Bedoya, un antiguo jefe del Estado Mayor del Ejército, no obtuvo en las elecciones de 1998 sino el 1% de los votos.

Conclusión

El hecho de que el voto flotante no se confunda con un voto neopopulista invita a retomar las observaciones anteriores. Los obstáculos que se oponen al éxito de los fenómenos populistas siguen estando ahí. No han desaparecido ni la fragmentación del poder, ni las separaciones políticas, ni la inquietud por políticas económicas ortodoxas, ni el desmembramiento de las clases populares.

La única diferencia con el pasado es que muchos de estos fenómenos ya no se explican por la influencia de los partidos tradicionales, sino que actualmente resultan de las interacciones de todos los protagonistas de la violencia. Al imponer sus leyes a las poblaciones y encerrándolas entre las fronteras de territorios separados, esos protagonistas les impiden más que nunca construirse identidades de manera autónoma e intervenir en su nombre como sujetos políticos.

La búsqueda de la integración en la Nación y la creencia en derechos que podrían ser garantizados por el Estado, dos ingredientes de todos los populismos o neopopulismos, siguen estando ausentes en Colombia. Imposibles en el pasado, burlados en los años cincuentas, hoy están, por la fuerza de los acontecimientos, más confusos que nunca.